

# Tiranía y despotismo

Tirano, en su acepción primitiva, helénica, significaba tanto como usurpador o dictador; tirano era el que se apoderaba del poder por fuerza o astucia por oposición al rey que llegaba a él legalmente, en virtud de herencia, de nombramiento de su antecesor o de elección del pueblo todo o de los magnates, según fuese la ley. El tirano se sobreponía a ésta o la daba, la dictaba él mismo. Y la ley que el tirano daba o dictaba, podía ser mejor que aquella otra que trasgredió para apoderarse del mando. La tiranía, de origen ilegal, no era necesariamente injusta, aunque de ordinario lo fuese. Podía haber, y en realidad hubo, muchos tiranos magnánimos, equitativos, generosos y benéficos.

Déspota en su acepción primitiva, helénica, significaba tanto como amo o señor. El amo de casa es el déspota. Y lo propio del déspota es aplicar la ley, administrar justicia, sin dar las razones por que la aplica de un modo o de otro. Lo que distingue al despotismo es el secreto de los motivos en que el déspota, el amo, el señor, funda sus mandatos, sean éstos buenos o malos, benéficos o maléficos.

De donde se sigue que puede haber tiranía sin despotismo y puede haber despotismo sin tiranía. Un tirano, un usurpador, puede dar la ley, una ley todo lo mala que se suponga, o aplicar una ley anterior todo lo peor que se imagine, declarando públicamente los motivos, que pueden ser apreciables, por los que dió la ley o la aplicó de tal o cual modo. Y es claro que un déspota que no sea tirano — pues cabe tirano despótico, — puede aplicar una ley establecida callando los motivos que le inducen a tal o cual aplicación, manteniéndolos en el secreto, y ello aun siendo su aplicación beneficiosa y justa.

Y decimos que el despotismo es cien veces peor que la tiranía; que es peor el secreto que la injusticia, y lo peor de todo el secreto de la injusticia. Pero aun la injusticia clara y manifiesta, cuyos motivos o sinrazones se publiquen, es mejor que la justicia secreta. La verdadera libertad está en la luz, y hasta cuando se nos hace un beneficio tenemos derecho a saber por qué nos lo hacen. El secreto, en cambio, engendra servidumbre hasta cuando sirve para beneficiarnos, que así se explica que haya siervos contentos con su suerte. Contentos con su esclavitud estaban los negros esclavos de los plantadores de los Estados del Sur de la Unión Norteamericana cuando los Estados Unidos del Norte les redimieron de su esclavitud por fuerza de armas.

He aquí una doctrina que no nos cansaremos de repetir, y es que la servidumbre, la esclavitud, consisten en ignorar las razones por qué se le trata a uno como se le trata, y aunque se le trate bien. Es reducirse el hombre a la condición de un animal doméstico, de un caballo o un buey de labor, a quien el amo cría y mantiene bien por la cuenta que le tiene. Y hay pueblos que se creen libres aunque se les trate como a un rebaño bien tratado. El buen pastor, por bueno que sea, es un déspota; con el rebaño no se razona. Las

leyes que se da al rebaño no van precedidas de preámbulo justificativo, de considerando ni de resultando.

El nombre griego de rey es «basileus», que significa propiamente pastor de pueblo, y así resulta un déspota. Rey, en cambio, «rex», es el que rige y sabe regir publicando las razones del régimen.

Un pueblo libre, una democracia, es decir, un pueblo, o sea una República, es el que está libre de despotismo más que de tiranía. Aun cabe cierta libertad en un pueblo regido por un tirano que publica las razones de sus tiránicas medidas si el pueblo acepta, aunque tácitamente, esas razones por buenas. Tal era el caso de Napoleón. Pero donde no hay libertad es en un pueblo regido por un déspota, que se calla los motivos de sus despóticas medidas, aunque éstas sean beneficiosas para el pueblo. Porque la esencia de la libertad está en el conocimiento pleno, en la conciencia.

No tanto es libre el que hace lo que quiere como aquel que sabe bien lo que hace y sabe por qué lo hace. La libertad es la conciencia de la ley. Es libre el que conoce la ley, porque obra y la conoce bien y en sus fundamentos. Si los planetas de nuestro sistema solar conocieran las leyes de Kepler, tuvieran conciencia de las leyes matemáticas y mecánicas por que se mueven, querrían moverse como lo hacen — pues ello constituye su esencia, — y serían libres. Los teólogos dicen que en Dios, necesidad y libertad, es lo mismo, que es necesariamente libre y libremente necesario.

La esencia de la libertad, hay que repetirlo, está en el conocimiento, en la conciencia. Libre es lo mismo que consciente. Y para un pueblo la libertad consiste en el conocimiento público, en la publicidad. Limitar la publicidad es limitar la libertad. Y por esto el despotismo va contra la libertad más aún que la tiranía.

El gobierno, en España, no cabe decir que peque de tiránico; pero suele pecar de despótico. La suspensión de las garantías constitucionales, que suele ir acompañada de la mordaza a la prensa y a la oratoria popular, es una medida despótica más que tiránica.

No temeríamos que la oficialidad del ejército estableciera un régimen tiránico dándonos las razones, buenas o malas, aceptables o no, por las que cree deber imponernos tal o cual ley o tal o cual aplicación de las que existe; lo que temeríamos es que estableciera un régimen despótico. La ley de Jurisdicciones, ley execrable, arrancada por el miedo a un Parlamento servil y cobarde; a un Parlamento civilmente degradado, es una ley más tiránica que despótica. Se dijo las razones por las que pedía la oficialidad del ejército semejante ley, aunque el Parlamento la votó, no por esas razones, que no pudo estimar atendibles, sino por miedo a los que las imponían. Lo que no hubo allí fué secreto.

Y la oficialidad que impuso aquella tiránica ley — ley execrable y baldón de la civilidad española — se ha rebelado luego contra la despótica real orden que confirió el soberano, «sin intervención de persona alguna», el derecho de otorgar, por preferencias de secreto motivo, mandos o ascensos, a este o a aquel oficial del ejército.

Claro está que debemos pelear tanto contra la tiranía como contra el despotismo; pero más contra éste. La tiranía mansa puede no ser un mal; el despotismo manso lo es siempre. Sepamos siempre por qué se nos trata como se nos trata y acabaremos por tratarnos a nosotros mismos. La libertad, que es la conciencia de la ley, lleva a la democracia. Pueblo que sabe por qué se le rige como se le rige, acaba rigiéndose a sí mismo. El planeta que conozca las leyes de Kepler acaba por dictarse a sí mismo sus movimientos, y la ley de éstos es su voluntad. Libertad es conciencia y así es también democracia.

Miguel de UNAMUNO.

